

BOLETÍN

DE LA

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES

AÑO I

Madrid, 1.º de Junio de 1893.

NÚM. 4

EXCURSIONES

DE LA EXCURSIÓN Á ÁVILA

ERMITA Y SEPULCRO DE SAN SEGUNDO

Está Ávila, amurallada,
De España tan en el centro,
Como ciudad encantada:
Y al verla, nadie ve nada
De lo que hay de Ávila dentro.

Un paraíso es Ávila, pero perdido
Por incuria, ignorancia, desdén ó olvido.
¿Por qué, lo que hay en Ávila, sin ver pasamos?
(Zorrilla.)



HORA hace un año que un inspirado vate, el laureado é inmortal Zorrilla, así decía de la olvidada Ávila; y un sentimiento, semejante al que inspiró al artista, es el que nos impulsa hoy á la tarea de bosquejar cierta joya del cristiano arte, que entre otras, tan hermosas como ella, yace escondida en aquella ciudad rancia, hija de Hércules y madre de Teresa. A la bella estatua orante del misterioso San Segundo, representada en la lámina del BOLETÍN presente, es á la que va á referirse este trabajo.

No fijamos, pues, nuestra atención en la arrogante muralla, que, á modo de corona del escarpado monte en que se asienta, circunda y aprisiona á la ciudad leal con su cincho de almenados lienzos, cuya monotonía interrumpen con gracia ochenta y ocho redondos torreones, adheridos á aquéllos por sus golas. Nada decimos de la solidez con que, por espacio de ocho siglos, desafían aquellos muros la acción devastadora del tiempo y el pico demoledor de la civilización, sin que se borren sus airoas líneas, ni se pierda la esbeltez de sus subidas torres.

También pasamos por alto sobre su hermana melliza, la catedral fortificada, obra magna, perteneciente al primer período de la época más floreciente del estilo gótico-ojival. No pretendemos contemplar la encantadora basílica de San Vicente, de arte románico, quizá una de las más notables de Europa, y en cuya ejecución intervino, con especial empeño, la mano firmísima de Dios, cual si quisiera avivar la débil confianza de los hombres; pues, según atestigua la tradición piadosa, fué construída por un judío artista, después de convertirse al Cristianismo. Tampoco vamos á admirar ahora el gallardo templo de San Pedro, ni el audaz rosetón de su fachada. Prescindiremos también de la espaciosa iglesia de Santo Tomás, de gusto ojival puro, y de sus airoas y atrevidas bóvedas, tan delicadamente asentadas que apenas si se distinguen las junturas; pasaremos de largo por los anchurosos claustros, regias escaleras y altas galerías de su convento y casa real, modelo de los institutos monásticos de España, y gloria de la Orden de Santo Domingo, á la vez que testimonio cierto de la piedad generosa de Isabel y de Fernando. No describiremos la linda capilla de Mosen Rubí, con su portada corintia y sus notables columnas monolíticas; ni aquel severo convento de Santa Ana, en el que, por poco tiempo, vivió retirada la Reina Católica, y en donde vistieron de corto al rey Felipe II; ni tampoco la casa, convertida en templo, en que nació Santa Teresa, patrona de Ávila y de Espa-

ña. No ciertamente, no; que tan compleja y superior tarea más tiempo exigiría, y erudición más vasta, que los instantes y el saber de que nosotros disponemos.

Nuestra atención se encamina á una pobre y retirada ermita, cuna gloriosa de la cristiana fe de Ávila. Con profundo respeto y con amor sincero llegamos á este templo, tan antiguo como humilde, de marcados rasgos bizantinos, que aún conserva el aspecto severo de su añejo tiempo, y con el cual publica la gloria de haber sido uno de los primeros que alzó el mundo cristiano para adorar al verdadero Dios, en los comienzos de la predicación del Evangelio.

Hace dieciocho siglos que un incansable peregrino, el bienaventurado San Segundo, de sangre española, digno discípulo de Santiago Apóstol, y compañero de San Pablo, en sus viajes por Grecia, por Siria y por España, vino de la soberbia Roma después de habersido consagrado Obispo por el Pontífice San Pedro, y se hospedó modestamente en una de las más humildes casas de la margen derecha del Adaja, sita al extremo noroeste de la antiquísima ciudad. En aquella pobre mansión tomó su noble origen la tan renombrada Iglesia apostólica de Ávila, que hombres tan sabios y timbres tan gloriosos ha proporcionado á las grandezas y honras de la española historia. Allí mismo, en aquel oscuro rincón, apenas conocido, se dió culto, por primera vez, al Redentor del mundo, y allí surgió potente el manantial de caridad cristiana que había de regar ésa vastísima extensión que comprende las dos Castillas, el reino de León y otras grandes comarcas centrales de la Iberia.

Allí se levantó esta pequeña iglesia, consagrada al Salvador, que ha conocido los tiempos de las dominaciones romana, goda y árabe, estando abierta siempre, desde la época de la Restauración, á los ritos y prácticas de la devoción pública. Su antigüedad é integridad son tan notorias que no ya en España, sino tampoco en toda la república dilatada de la cristiandad, habrá pocas, y muy contadas, que la aventajen en años y que la ganen en constancia. Entre sus sólidos cimientos, y como el más firme de ellos, estuvo mucho tiempo el cuerpo glorioso de su fundador. Allí descansaron, olvidados por más de catorce siglos, los restos mortales de

aquel maestro y amantísimo Pastor, primer obispo de Ávila y su inmortal Patrón.

Por los años 63 á 64, desembarcó San Segundo en su patria, y después de largo y penoso viaje llegó á Ávila, en donde emprendió con vigor y celo la amorosa empresa de convertir á sus habitantes á la santa ley de Dios.

Ni perdonó medio, ni escatimó trabajo para reducirles á la honrosa grey de Jesucristo, y los resultados más favorables y portentosos coronaron mágicamente sus esfuerzos; mas, por desgracia nuestra, quedaron perdidos, en las páginas de tan remotos tiempos, la vida y hechos de este bendito Santo. Sólo se sabe que al fin, igual que sus maestros, fué víctima de su misma caridad, dando su hermosa vida por la más hermosa fe que predicaba. La creencia comúnmente aceptada es la de que sufrió martirio bajo el imperio de Domiciano, después de haber cumplido su misión evangélica y gobernado la naciente Iglesia durante más de cincuenta años. Se cree que su cuerpo fué recogido y ocultado por sus amigos hasta que encontraron oportunidad de sepultarle en la misma ermita levantada por el Santo, y sobre la cual está emplazada la antiquísima que hoy existe. Al reedificarse el templo en tiempo de los Reyes godos, se reanimó el culto cristiano bajo diversas advocaciones, siempre ignorándose la existencia de los restos del Obispo en aquel venerando sitio hasta el año 1519, en que al fin se descubrió de una manera extraordinaria. Hacía mucho tiempo que era San Sebastián abogado de este templo, cuando los cofrades de su hermandad convinieron en dar más amplitud á la iglesia, abriendo un arco que, desde fecha inmemorial, subsistía cerrado en el lado de la Epístola. Acometiéronse las obras, y cuando ya tocaban á su término, un cantero, llamado Francisco Arroyo, que en el derribo trabajaba, advirtió la existencia de un gran vano, cubierto con una fuerte y pesada laude berroqueña, observando con júbilo y asombro que él, al descubrirla, había quedado sano de una hernia dolorosa que de antiguo padecía, y que no le permitía trabajar sino muy penosamente. Llamó grandemente la atención tan extraño caso, y habiéndose repetido igual milagro con otros enfermos de la población que, llenos de fe,

vinieron á colocarse en el mismo sitio, según así lo afirman el P. Ariz y Zianca, el clero reunido acordó levantar la laude, y hallaron, en un vaso grande de piedra toscamente labrada, un cuerpo entero con mitra en la cabeza, un cáliz con patena, un anillo de oro con un zafiro, y una inscripción en que se leía el nombre de Segundo, obispo. Acto continuo se pensó en trasladar estos preciosos restos á un sitio más seguro y decoroso, y al efecto se obtuvo la autorización del Papa León X, quien en 26 de Enero de 1520 expidió un Breve accediendo á semejante pretensión. Construyóse al objeto una linda y esbelta capilla contigua á la catedral, y que forma uno de sus más interesantes aditamentos, la cual fué dotada convenientemente por el Rey y por muchas familias importantes. Pero pasaron aún bastantes años hasta que el obispo Manrique de Lara, desahuciado por la ciencia médica de una grave enfermedad que padecía, y cuando ya se hallaba casi agonizante, comenzó á mejorar rápidamente después de terminada la Misa solemne que, en rogativa por su salud, celebró el Cabildo en aquella ermita el día 9 de Septiembre de 1593. Con este motivo se dispuso que tuviera lugar inmediatamente la traslación, ya concedida, de sus restos, y verificóse ésta á principios de 1594, en medio de animadas procesiones, y solemnes y pomposas fiestas, á las que asistieron más de 50.000 personas de las ciudades de Castilla.

Pero antes, en 1572, Doña María, hermana del obispo D. Alvaro de Mendoza, agradecida por haber recobrado la salud merced á la intercesión del Santo, hizo traer de Valladolid una efigie del mismo para colocarla sobre la losa hallada en 1519, y que aún seguía cubriendo su sepulcro. Este nuevo túmulo se inauguró en el mes de Abril de 1573 con toda solemnidad y lujo.

Pues bien: esa obra de arte es la que nosotros intentamos describir.

El monumento dicho, que representa al obispo San Segundo vestido de pontifical y orando ante un libro, está rodeado de una sólida verja de hierro muy alta y de mal gusto, y asentado sobre un basamento de piedra de granito que levanta del suelo como unos 37 centímetros, y vuela un poco de la obra principal. La verja arranca de un friso

de fábrica, en el que se ven incrustados algunos escudos; pero es toda ella tan tosca y tan pesada, que desdice del airoso mausoleo y parece puesta para menguar la esbeltez y gallardía de obra tan perfecta. Constituyen el monumento propiamente dicho un zócalo ancho y bien dispuesto, de dos metros de largo, uno de ancho y 35 centímetros de alto; un reclinatorio sencillo, pero correcto y elegante, de poco más de medio metro de altura; y, por último, la hermosa estatua del venturoso Santo de tamaño más que natural y de rodillas, y con las manos unidas levantadas hasta el pecho, en actitud de orar. La estatua es de hermoso y finísimo alabastro, y la creencia más común se la atribuye al escultor Alonso Berruguete.

Al airoso y distinguido zócalo circundan, por alto y bajo, dos esbeltas y correctísimas molduras, sólo interrumpidas por cuatro escudos emplazados en el centro de cada una de sus fachadas. Estos nobilísimos escudos son exactamente iguales en tamaño y en dibujo, y se hallan colocados dentro de graciosos cartabones tallados con primor. Están divididos por mitad, formando cada uno dos cuarteles: la primera mitad, ó sea la de la izquierda, corresponde á la casa de Hurtado de Mendoza, y está constituido por una aspa de cadenas, unidas por dos tirantes lisos, con los cuales vienen á formarse dos triángulos perfectos, interrumpidos cada uno por dos barrotes inclinados, que parten de arriba abajo, y de izquierda á derecha. En cada uno de los dos espacios comprendidos entre el aspa y la línea curva del exterior del escudo, y la recta vertical, que lo divide en dos mitades, se ven diez corazones colocados en línea. La otra mitad del escudo, pertenece á los Dávila, y todo el campo lo ocupan trece roeles iguales, puestos de tres á tres, formando cuatro líneas, y uno sólo en el centro de la que viene á hacer la quinta.

El reclinatorio es sencillamente un coto cuadrado, y sin inscripción ni labor ninguna; está casi cubierto por un paño liso, graciosamente tendido á manera de tapete, y formando unos pliegues muy correctos. Lo corona un pequeño cojín, recogido por un rosetón á cada ángulo, y sin más adorno que la junta ó costura que por el centro

lo divide; sobre él hay un gran misal abierto, y primorosamente hecho.

La estatua, como dice D. Antonio Ponz, es una obra muy bella y de estilo sencillo, á la vez que una verdadera joya de arte: representa á un hombre arrogante en actitud de orar. La postura adoptada es tan natural y airosa que realmente parece que está viva; cualquiera diría que aquel mármol delicado va á animarse y que aquellos finos labios desean entreabrirse.

La mitra está cuajada de labores pulidas simulando piedras preciosas y ricos bordados; las cintas que penden de ella, simbolizando el Antiguo y el Nuevo Testamento, sutiles son, como movable es el fleco en que termina. La capa pontifical, sujeta por cincelado broche; el capillo airoso, la cruz pectoral y, en fin, los ornamentos todos, que representan la majestad y el poder de nuestra Madre Iglesia, carecen de labores y de adornos, y no se observa en ellos muestra alguna de riqueza, que denuncie ni amenigüe la sublime calidad que simbolizan. Pero á cambio de su humildad encantadora se hallan tratados con tan suma delicadeza, y producen tal serie de variados pliegues, y de arrugas caprichosas, de mano tan maestra dibujados, que fácilmente se confunden con los que pueden ser efecto de la tela flexible, que el artista finge. El semblante es valiente y hermoso: existe en aquel rostro varonil y correcto una expresión tan digna, tan dulce, tan humilde y, sin embargo, con toques tan perfectos de majestad y de grandeza, que hay un momento en que el viajero ignora si se halla en presencia de una piedra inanimada, ó delante de un ser vivo, extasiado transitoriamente, en místico y deleitoso arrobamiento, pues parece que hasta el mismo mármol ha querido venir en ayuda del inspirado artista, esponjándose á su vez y de rubor cubriéndose. Las manos ocultas bajo arrugados y flexibles guantes; los dedos, adornados con los anillos que revelan su desposorio con la Iglesia; el manípulo y lo poco que se ve del cíngulo, todo ello, en fin, tratado con atrevida espontaneidad y franca maestría.

Adosado al reclinatorio se ve un báculo de madera sobredorada, pero de gusto muy vulgar y pobre.

La verja es grosera, como dijimos antes; la

constituyen apiñados balaustres, bastante comunes y ordinarios, y se halla terminada por una cornisa de fleje, completamente lisa, por puntas onduladas de los mismos balaustres, y por algunos remates de bronce dorado, del género y estilo de los candeleros, hechos á tornó. En los centros de cada uno de los costados, y en el frente que mira al altarmayor, existen tres escudos pintados, con las armas de la catedral. En el fleje, ó cornisa se lee la siguiente inscripción: ESTA REXA MANDARON ACER DEAN I CABILDO VNICO PATRONO D ESTA SANTA IGLESIA A ONOR I GLORIA DEL SEÑOR S SEGVNDO OBPO I PATRON D ESTA CIVDAD AÑO DEL SEÑOR 1712.

Para concluir, y por más que nos reconocamos sin autoridad ninguna para ello, séanos permitido hacer un ruego, y valga de excusa á nuestro osado intento el propósito noble que lo inspira. Nos dirigimos á las sabias corporaciones, academias científicas y comisión de monumentos para que fijen su atención ante el mediano estado y casi total abandono en que se encuentra la antiquísima capilla de San Segundo, y en el peligro que se corre de que, en el momento menos pensado, pueda sobrevenir algún desagradable suceso que comprometa la conservación de esta estatua en el buen estado en que hoy se encuentra. Parecía lo más indicado que, tanto por esta razón como para responder más cumplidamente á los deseos de su donante, Doña María de Mendoza, se trasladara la referida joya artística á la capilla de San Segundo, en la catedral, puesto que allí existen los restos mortales del inolvidable Obispo.

ISIDRO DE BENITO DOMÍNGUEZ.

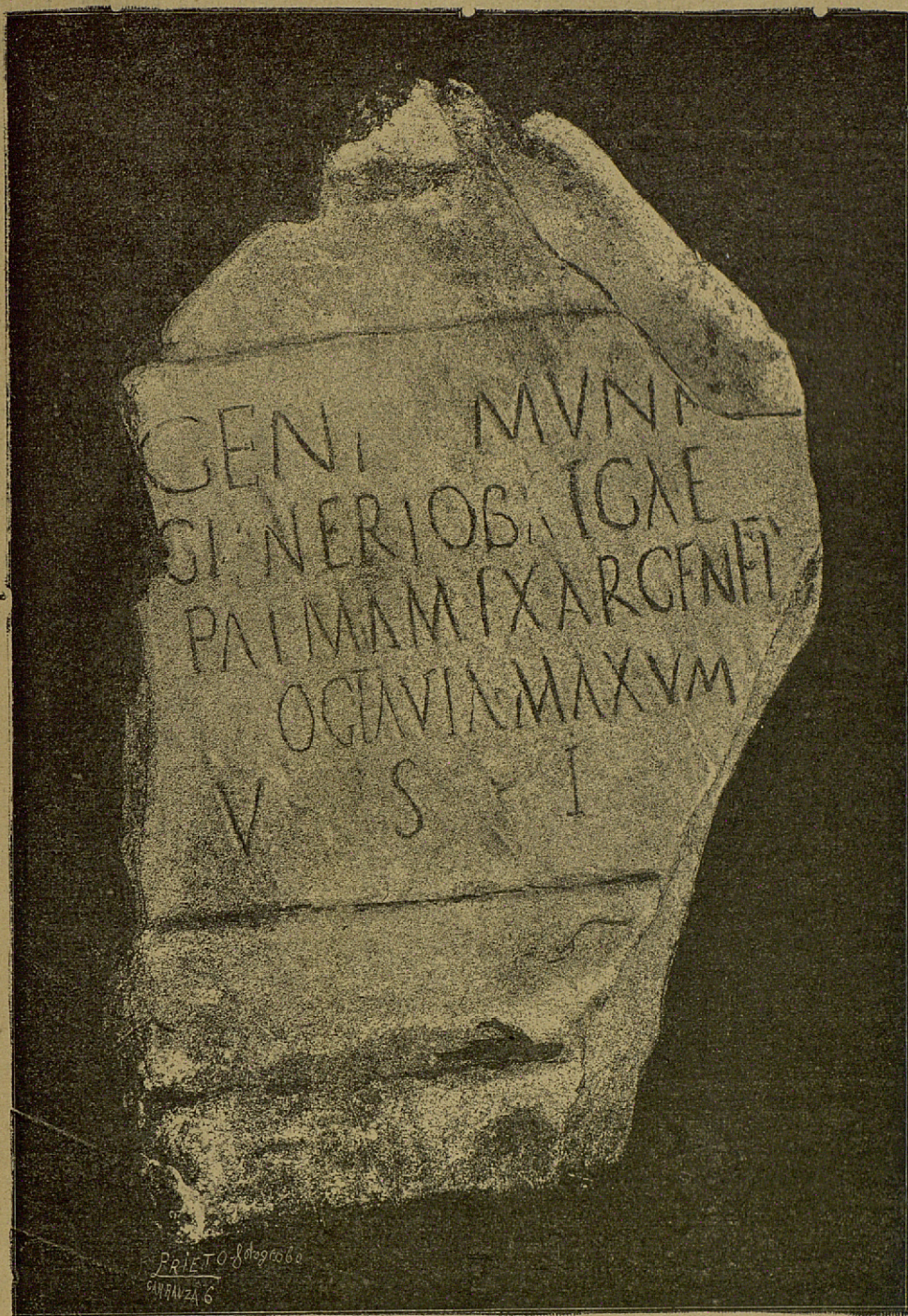
SECCIÓN DE CIENCIAS HISTÓRICAS

NERTÓBRIGA BETÚRICA

DE pocos años á esta parte la Epigrafía romana viene prestando servicios considerables á la Geografía. Las excavaciones emprendidas con grandes gastos, nunca mejor empleados, por el excelentísimo señor marqués de Comillas, han devuelto al mapa romano por medio de inscripciones,

que ha publicado el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, la situación segura de tres ciu-

por Augusto entre el Pisuerga y el Ebro para sujetar á los indomables cántabros. En el cen-



ARA VOTIVA AL GENIO DEL MUNICIPIO NERTOBRIGENSE

dades (*Véllica*, *O.iba* y *Ammaia*), é ilustrado notablemente la línea de operaciones seguida

tro de la Península, sobre la línea del Tajo, se han presentado *Augustóbriga* (Talavera la Vie-

ja), *Caesaróbriga* (Talavera de la Reina) y *Segóbriga* (Cabeza del Griego), marcando con sus lápidas geográficas, como con otros tantos jalones, los puntos de que han de arrancar nuevas é interesantes investigaciones sobre la división de las diócesis cristianas en lo antiguo y la extensión de la Celtiberia primitiva, que se prolongó hasta el Cabo de San Vicente y fué cortada ó cedió al violento empuje de los túrdulos, carpetanos y lusitanos, para formar hacia el Mediodía de la provincia de Badajoz la *Beturia Céltica* al otro lado del Guadiana. Los célticos de la Beturia tenían la misma religión é idioma que los celtiberos, y los nombres de sus ciudades reflejaban los de la patria de que habían salido. Para distinguirlos les dieron sobrenombres romanos, tomados de virtudes ó actos de Julio César; y así, *Nertóbriga betúrica* se distinguió de la Celtibérica (Calatorao; en la provincia de Zaragoza) con llamarse juntamente *Concordia Julia*.

Esto que afirma Plinio, está comprobado por el ara consagrada al Genio de aquel Municipio betúrico que han descubierto hace pocos meses en Fregenal de la Sierra varios caballeros¹ asociados para remover el suelo donde yacen las ruinas de *Valera la Vieja*, en término de aquella villa, donde se suponía, aunque no estaba demostrado, que había existido *Nertóbriga*. El éxito ha superado las esperanzas, porque además de haber encontrado una lápida de la época de Julio César con varios preciosos mosaicos, acertaron los explotadores á descubrir un cipo ó ara votiva que decide la cuestión geográfica. La piedra original ha venido juntamente con otra epigráfica y varios fragmentos escultóricos á la Exposición histórico-europea y se ve instalada en la sala tercera, de la cual tomamos el fotograbado que acompaña á éste artículo.

Genio munic(ipii) C(oncordiae) J(uliae) Nertobrigae palmam ex argenti p(ondo)... Octavia Maxumi u[x(or)] v(otum) s(olvit) l(ibens) m(erito).

Al Genio del Municipio (nombrado), Concordia Julia Nertóbriga, cumplió gustosa y lealmente su voto Octavia, mujer de Máximo, ofre-

ciéndole una palma de plata, que pesa (50?) libras.

En el exvoto que puso² al Genio del Municipio de Antequera Julia Materna, también expresó el nombre de su marido. La nobleza del donativo corre parejas con la del templete y estatua de plata ofrecidos por Livio Lupo³ al Genio del Municipio de *Laminio*, que sitúa el Sr. Blázquez³ en Argamasilla de Alba.

FIDEL FITA.

ARQUETA ARABE DE PALENCIA

ENTRE los objetos que han figurado en la Exposición histórico-europea, ninguno (en la sección árabe) es de tanta importancia histórico-arqueológica como la arqueta arábica presentada por el cabildo catedral de Palencia; y aun entre las demás arquetas conocidas, no encontramos ninguna que, á nuestro juicio, le pueda disputar el primer puesto.

La arqueta de Palencia es de madera, cubierta por placas de marfil, grabadas y caladas, puestas sobre fondo de cuero dorado, y guarnecida con una armadura de cobre esmaltada en colores.

Es cuadrilonga, de 0,35 centímetros por 0,23; la tapa es de forma *tumbada*.

El labrado de las placas representa en el *frente* una serie de palmetas con sus tallos entrelazados, y alrededor una franja de columnas y arcos lobulados, y en los intercolumnios parejas de animales (antílopes y pájaros) afrontados; el lado *frente* de la tapa tiene la misma labor que la caja, pero con la diferencia de que la orla es también de palmetas; los lados frente y opuesto son iguales. En el lado izquierdo, la misma labor de palmetas en el centro, y en la franja alta y baja un león atacando á un antílope; en las esquinas un grifo, y en las franjas laterales parejas de antílopes y pájaros como en el frente.

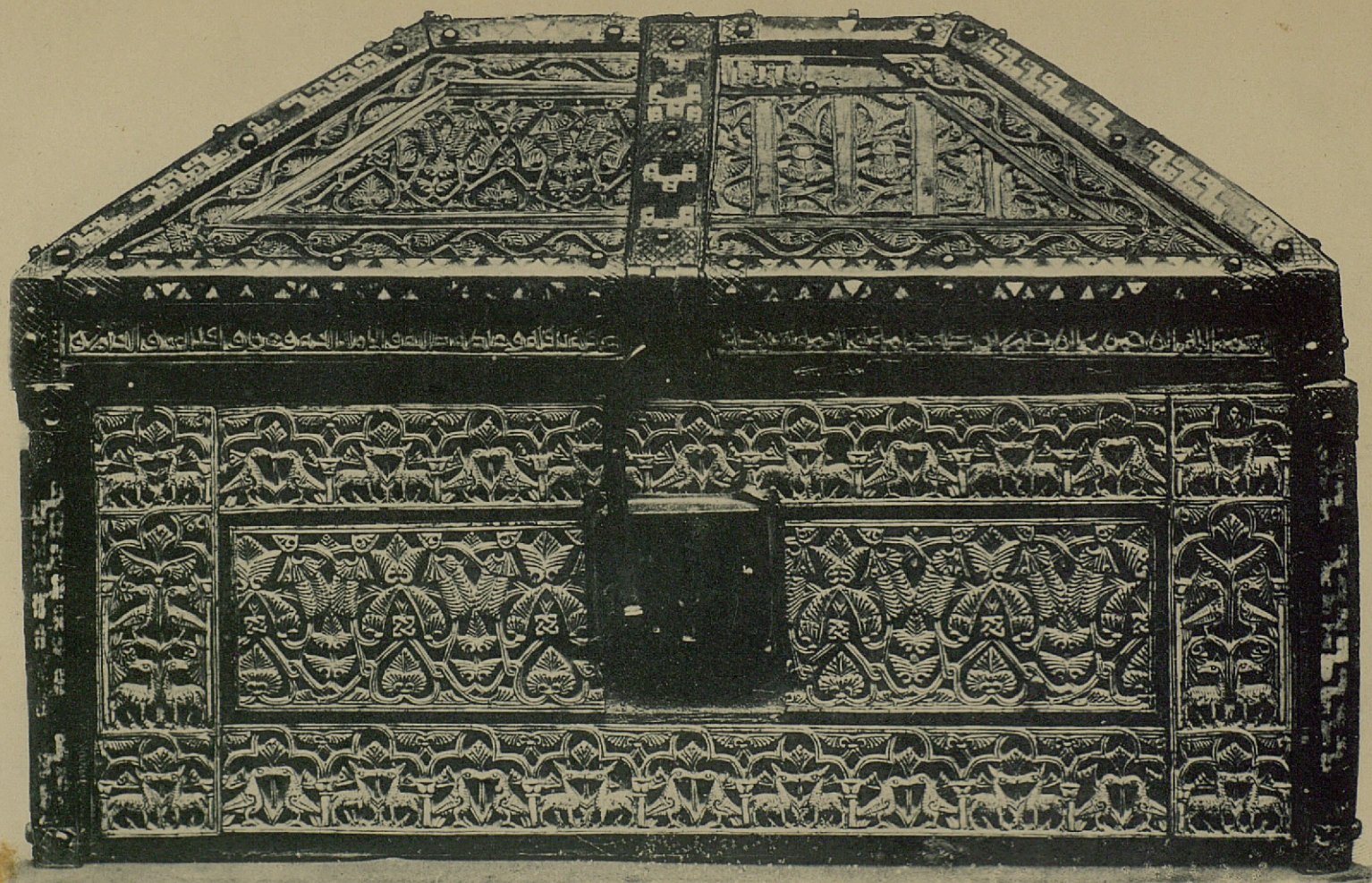
En el lado derecho sólo se diferencia del anterior en las franjas alta y baja, que aquí representa: un hombre derribado por un león y otro armado de lanza atacando al león en la primera, y un hombre disparando una saeta á un antílope en la última: todas

¹ D. Pablo Manuel Guijarro, D. Manuel Ruiz y Gálvez, D. José Miguel Mineu y Borrego, D. Antonio Torres Rodríguez, D. Manuel Clemente Martín, D. Juan Antonio Martín Rasero, D. José Blázquez y Sánchez, D. Atilano Prados y Domínguez.

² Hübner, 2034.

³ Idem, 3228.

³ *Boletín*, tomo XIX, pág. 124.



ARQUETA ÁRABE DE PALENCIA

estas escenas están repetidas de modo que una línea perpendicular en el centro de cada uno de estos cuadros separaría escenas idénticas, unas á la derecha y otras á la izquierda, dando la más completa simetría. Los lados de la tapa izquierda y derecha se diferencian del frente en que la orla está combinada, ó sea palmetas en los lados y leones y antílopes en las franjas alta y baja.

El plano superior de la tapa está formada por cuatro placas de marfil, separadas por las tres fajas de cobre esmaltado, que corresponden á la cerradura y visagras, y representan dos de ellas palmetas, y las otras dos antílopes: en estas últimas, que son las centrales, se ve el sitio del asa, que ha desaparecido, y últimamente, en la base de la tapa, grabada en la misma forma que el resto de la caja, la inscripción cúfica siguiente, de la que acompañamos calco:

بسم الله الرحمن الرحيم بركة دامة ونعمة
شاملة عافية باقية وغبطة طابيلة والاء مسابغة وعز
واقبال وانعام و
افصال: وبلوغ امال لصاحبه اطلال الله
بقاه مما عمل بمدينة قونكة بامر الحاجب
حسام الدولة ابو محمد اسمعيل بن المامون
ذى المجدين بن الطاهر ذى الرياستين ابى
محمد بن ذى النون
اعزه الله فى سنة احدى واربعين واربع مائة
عمر عبد الرحمان بن زيان

« En el nombre de Alláh, clemente y misericordioso, bendición perpetua, felicidad cumplida, salvación eterna, prosperidad permanente, beneficios continuados, y gloria, y prosperidad y dicha, y excelencia y logro de esperanzas para su dueño prolongue Alláh su permanencia. Esto es lo que fué hecho en Medina Cuenca, por orden del Hachib Hosamo daullah Abu Mohamad Ismail ben Almamun Dzu-almachdain (el de las dos glorias), ben Attafir Dzu-arrayasatain (el de los dos principados), Abi Mohamad ben Dzu-nnun, glorifíquele Alláh, en el año 441. (Desde 5 de Junio de 1049 á 26 de Mayo de 1050 d. J. C.) Obra de Abderrahman ben Zeyan ¹. »

¹ Esta arqueta fué publicada, con ligerísimas variantes, en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. xx, por D. Rodrigo Amador de los Ríos.

Esta leyenda es de una importancia histórica incalculable; pero antes de estudiarla nos permitiremos apuntar algunos datos de la historia árabe de Toledo durante el período que en ella gobernó la dinastía de los Baun Dzu-nnun, cuyos reyes fueron:

I. Ismail ben Aderrahman ben Ismail ben Amir ben Motarrif ben Dzu-nnun, llamado Attafir y Dzu-arrayasatain, reinó desde el año 417 á 435 (hegira).

II. Yahya ben Ismail, llamado Almamun y Dzu-almachdain, desde 435 á 467.

III. Yahya ben Ismail ben Almamun, llamada Al Kadir, desde 467 hasta 478 en Toledo, y 485 en Valencia.

De Attafir apenas dan noticias los historiadores, aparte de la expedición que hizo para apoderarse de Zaragoza cuando fué asesinado su rey Monzir, sobrino suyo; pero no logró su intento porque Çuleimán ben Hud, gobernador de Lérida, se le adelantó. A su muerte, que ocurrió hacia el 435, entró á reinar su hijo Almamun, quien, ayudado de Almotadid, rey de Sevilla, sostuvo guerra con Çuleimán, rey de Zaragoza, guerra que se continuó hasta la muerte de éste. En 457 se apoderó del reino de Valencia, destronando á Abdelmelik, su yerno. Luego hizo la guerra al de Córdoba, cuya ciudad sitió; pero Almotadid, de Sevilla, con quien se había enemistado, fué á socorrer á los cordobeses, obligándole á levantar el sitio; si bien en esta ocasión nada ganaron los de Córdoba, porque Almotadid se apoderó por traición de la ciudad, año 461. No por esto desistió Almamun, logrando por sorpresa apoderarse de la capital del antiguo califato en 467, en donde murió á los pocos meses.

A su muerte fué proclamado su nieto Al Kadir: éste era muy débil de carácter y poco apto para el gobierno; en 472 los toledanos se sublevaron, arrojándole de la ciudad y llamando á Almotawaquil, rey de Badajoz, quien la ocupó durante diez meses próximamente; entonces Al Kadir pidió auxilio á Alfonso VI, recordándole la buena acogida que le había hecho su abuelo Almamun cuando se refugió en Toledo. Alfonso VI le restituyó en su antigua capital, pero con condiciones poco favorables á su protegido. La situación de Al Kadir se hacía cada día más difícil, hasta que al fin Alfon-

so VI ocupó á Toledo en 477, de donde salió Al Kadir para Valencia, acompañado de un ejército que le facilitó Alfonso; porque, por lo visto, los valencianos también le habían negado la obediencia, y en donde reinó desde 478 á 483, en que fué muerto.

Con estos datos vamos á identificar al *señor de Cuenca* que mandó hacer la arqueta, y que se llama *Al Hachit Hosamo Daullah. Abu Mohamad Ismail, hijo de Almamun, nieto de Attafir y descendiente de Dzunnun*, el cual era gobernador de Cuenca, y que fué el padre de Al Kadir, último rey de Toledo; como no llegó á reinar, no es de extrañar que los historiadores no hagan mención de él.

Ya habíamos visto el título de El Hachib Hosamo Daullah en una moneda de Almamun del año 448; pero no sabíamos á quién se refería. Ahora, no sólo sabemos quién es, sino que se ve la marcha que se seguía de poner en las monedas, además del nombre del Rey, el del príncipe heredero con el título de Hachib. Y si bien hoy, por conocerse muy pocas monedas de este reino, no se puede determinar gran cosa de este personaje, cuando sea más numerosa se podrá saber en qué año murió. La arqueta nos da la fecha 441; la moneda 448; en las monedas del 458 en adelante figura el Hachib Sharfo Daullah, que debe referirse á Al Kadir, que por muerte de su padre heredó su puesto, y por la de su abuelo el reino; por consiguiente, la muerte de Hosamo Daullah hubo de ocurrir entre el 448 y 458.

También es curioso el dato que nos da de ser obra de Abderrahman ben Zeyan. Este *apellido* ya nos era conocido, puesto que la arqueta del Museo provincial de Burgos, procedente de Santo Domingo de Silos, es obra de un Mohamad ben Zeyan y está hecha en Cuenca en el año 417. Una arqueta cristiana del Museo Arqueológico Nacional está remendada con fragmentos de otras arquetas árabes, entre ellos uno que da el nombre de (Ism)ail ben Almanan Dzalmachdain; es decir, el mismo Hosamo Daullah; este fragmento, con otros dos, tiene el mismo carácter de fábrica que la que motiva este trabajo; la cual, estando incompleta, fué restaurada con varios fragmentos del mismo estilo; entiéndase que todos estos fragmentos tienen el mismo estilo como

trabajo de la arqueta de Palencia, pero son siempre sólo grabada, no calada, como en ésta; y finalmente, una arqueta de la catedral de Perpiñan está hecha también en Cuenca.

ANTONIO VIVES.

SECCIÓN DE CIENCIAS NATURALES

LA CIUDAD ENCANTADA

Sr. D. Adolfo Herrera.

Mi distinguido y buen amigo: Honrado muy impensadamente con el cargo de Presidente de una de las secciones de la Sociedad Española de excursiones, su carta de ayer me recuerda oportunamente la deuda de honor que tengo contraída, y que, en lo que se me alcance, he de procurar satisfacer en agradecimiento á esa Sociedad, que apenas nacida da tan opimos y brillantes frutos que muestra con evidencia que supo escoger precisamente ese *momento psicológico* tan ansiado por políticos, historiadores y poetas para sus obras y concepciones... Á mucho me obliga la merced recibida; y ya que no de otra manera, he de acudir á mis recuerdos, único recurso, para cumplir como buenos, de los que por ley y naturaleza vamos pisando los dinteles de otra vida; removiéndolos, pues, en ese archivo, he de permitirme señalar á la atención de nuestros consocios, no monumentos arqueológicos, ni bellezas artísticas por ellos de sobra conocidos, pero sí sencillamente alguno de esos fenómenos que á mi sección corresponden, y que con tanta prodigalidad guarda nuestra patria en silenciosas y apartadas regiones, cual si la Naturaleza, celosa de sus galas y de sus singularísimas creaciones, quisiera encerrarlas en el misterio, ocultas á toda profana mirada.

Muchos son los sitios y lugares que así pudiera citar, pero ninguno acude á mi memoria desarrollado en proporciones tales y de tan fácil acceso (circunstancia muy de tener en cuenta) como aquel maravilloso portento de que puede enorgullecerse la provincia de Cuenca, y que tiene su asiento en las cercanías, ni próximas ni lejanas, de su pintoresca capital.

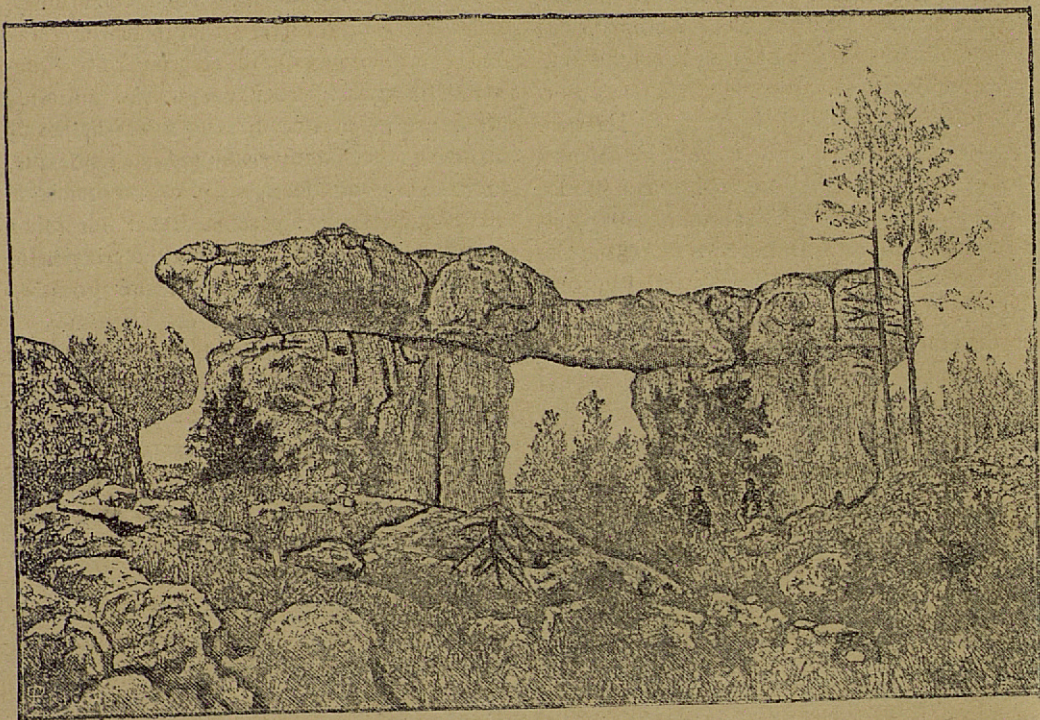
No aludo ni me refiero al monte famoso donde abren sus fuentes cuatro caudalosos ríos, á distintos rumbos caminando luego, ni á sus

profundísimas hoces, con tal trabajo labradas por el cristalino Júcar, ruda empresa que más allá repite por Cofrentes y Cortes de Pallás en busca del mar que le atrae y con desdén le acoge, borrando hasta su nombre; pero sí creo y entiendo que, respetando al malogrado río y sus colosales tajos, no habría de disgustar á nuestros esclarecidos consocios penetrar algún tanto en el taller de tan insigne artista, sorprender los secretos de su cincel, ver cómo se

y con singular claridad se imprimen en los sentidos los sencillísimos procedimientos por ella puestos en obra para labrar sus maravillas.

Pero no es esto lo más curioso en verdad; necesitábamos darnos cuenta de cómo llegaron á formarse las sorprendentes hoces, y para comprobarlo sólo nos resta poco camino; abandonando el valle del Huecar, dirigiéndonos hacia la parte superior de la mole montañosa, por cima del pueblecillo de Val de Cabras, y en el

CIUDAD ENCANTADA



PUENTE DEL ARRABAL

amaña y labra, cuán poco necesita y qué bien el tiempo le aprovecha. Para eso poco cuesta; desde las puertas mismas de la antigua corte de Alfonso IX, subiendo el valle del Huecar, afluyente del gran río, tal maña se da Naturaleza que desde las hoces, que emulan y pasan en sus elevados acantilados la altura de la renombrada torre de Eiffel, se llega en poco menos de dos leguas, por gradaciones insensibles, á recorrer y observar todos los pasos, todos los tránsitos que llevan poco á poco hasta los surcos apenas marcados que señalan los orígenes y el nacimiento del valle; aquí, como en el telón de un panorama, la acción se desarrolla sin pena ni fatiga, la Naturaleza dibuja y habla,

sitio llamado *las Salegas*, hallamos la clave del misterio; y así como en el nacimiento del Huecar asistíamos al principio de un valle de desnudación, aquí, penetrando en el mismo laboratorio de la Naturaleza, podremos seguir paso á paso el trabajo de descomposición que luego ha de tomar tan soberbias proporciones: primero es una grieta de mínimas proporciones que sobre el suelo serpentea; el agua, á la que debe su primera labra, se engolfa en su seno, desgasta las partes más blandas, la ensancha, uniéndola luego con otro surco hermano á corta distancia abierto. Resistiendo los puntos más duros, sobresalen contorneados, y destacándose en formas caprichosas simulan rostros,

pilares, mesas y pórticos; pero como cada nube que en lluvia se deshace divide sus aguas en infinitas y sutilísimas corrientes, las simas se ahondan, las paredes se aploman, sus frentes ó se quiebran ó taladradas se abren en pequeños túneles y puentes. El fenómeno ha comenzado, y ha de seguir sin tregua; correrá el tiempo, pasarán edades cien y llegará á ostentarse con toda su grandeza. Sin embargo, tampoco es aquí precisa tanta espera; para desvanecer toda duda, para conocer y presenciar estos efectos y seguir sus gradaciones casi insensiblemente, bastante es con adelantar algunos pasos. En cortos momentos, mil siglos han transcurrido; las aguas, ayudadas en su labor por las arenas que arrastran, muestran unidos el desgaste mecánico con la descomposición atmosférica; los diminutos regueros han ido penetrando en el terreno; enlazados unos con otros, le surcan y cruzan en todos sentidos; los túneles subterráneos se aíslan y transforman en soberbios puentes, en portadas singulares y en abiertas ventanas; las hendeduras son calles, los remansos plazas; aquí dibújase el arco ojival, más lejos la elegante curva árabe; más allá álzase el menhir de los druidas ó el dolmen del sacrificio; llégase, por fin, á la *Ciudad Encantada*, exactísimo nombre por cierto con que la apellidan en el país, laberinto extraño de callejones encrucijados y amontonadas ruinas ante el cual aumenta la sorpresa y duda el alma conmovida si camina despierta ó si asiste soñando á las fantásticas visiones de la noche del *Walpurgis* en medio de una orgía verdadera de la piedra y de la forma.

Con razón dice al considerarla el historiador de la ciudad de Cuenca, D. Trifón Muñoz: «Remedos de paredes, de manzanas de edificios con semejanza de puertas y ventanas, con otros lienzos paralelos que forman espaciosas calles que destacan en otras transversales y en espacios que parecen plazas y plazuelas; numerosas puertas de rocas que figuran vestigios de columnas, templos y palacios de arquitectura ciclópica; arcos magníficos y puentes atrevidos; aljibes espaciosos y cavidades que recuerdan las habitaciones troglodíticas, y destacándose por doquiera en los riscos figuras caprichosas, como cabezas de moros con turbante, palomas, mesas y veladores con sus pies perfectamente imitados, con otras mil y mil curiosidades, dejan absorto al viajero que contempla aquel juguete que formó la Naturaleza en un

momento de travesura y de magnificencia.

»Y esto que parecería exageración, es, sin embargo, verdadero, pero no es ni juego ni travesura de la Naturaleza: el fenómeno para el geólogo es quizá todavía más maravilloso que para el poeta; es el producto sencillo, razonado y lógico de uno de los procedimientos más comunes; es la influencia y el trabajo de unas gotas de agua y de algunos granos de arena multiplicados por la continuación de los siglos y realizado en tan grande escala, que la *Ciudad Encantada* ocupa por sí sola un espacio difícil de recorrer en largo día de verano, y forman tan enmarañado laberinto aquellas intrincadas encrucijadas, cuyos murallo-nes se levantan por doquier á 40 metros de elevación, que cuando visitamos este sitio, que, como todos aquellos contornos, pertenece al marqués de Ariza, á pesar de llevar por guía á su guarda mayor, acostumbrado á recorrerlos diariamente, tardamos más de dos horas en encontrar la salida.»

Tal es el origen de las afamadas hoces de Cuenca, y tal la *Ciudad Encantada*; inclinad el ánimo de nuestros compañeros á su visita, que en verdad lo han de celebrar; recoméndales asimismo que no echen en olvido sus aparatos fotográficos, pues rica cosecha han de traer; y como muestra y señal de que mis recuerdos no exageran ni fantasea mi imaginación, adjunto incluyo un tosco dibujo de la fotografía de una de esas extrañas construcciones para que forme ligera idea de lo que puede verse y no pesa conocer.

Quedando de Ud., como siempre, devoto y afectísimo amigo, b. s. m.

FEDERICO DE BOTELLA.

MADRID, 19 de Mayo de 1893.

SECCION DE LITERATURA

EL MONASTERIO DE PIEDRA

(Recuerdos de un viaje.)

LA GRUTA

HAY quien, dando á Piedra toda la importancia de un sitio real, ha establecido comparaciones entre este punto y La Granja. No las hay ni puede haberlas. No caben. En Piedra es todo naturaleza lo que en La Granja es todo arte.

Hay en La Granja, es verdad, estatuas y bustos, y columnas, y templos, y monumentos en mármol y en bronce, maravillosos juegos de aguas, admirables combinaciones, soberbios acueductos, pasmosas obras debidas á la mecánica y á la hidráulica. Allí están el talento, el arte, el genio, el trabajo, y allí también, aunque enterrados, los inmensos caudales y los inagotables ríos de oro con que los poderosos de la tierra pueden realizar el más fantástico de sus sueños.

Nada de esto hay en Piedra. Sólo la naturaleza allí; pero ¡qué importa, si es la naturaleza con todas sus maravillas, con todos sus portentos, con todas sus riquezas y con todos sus asombros! Allí hay también estatuas y columnas, y monumentos y pórticos, y aguas que asombran con sus saltos y fascinan con sus juegos, con una sola diferencia, y es que aquellas aguas corren siempre, no como en La Granja, donde sólo se ven los sitios por donde pasa el agua, corriendo sólo ésta cuando el beneplácito soberano lo permite. En Piedra hay otro soberano que las deja correr siempre, de día y de noche, en medio de la tempestad ó con la calma, á las luces del sol y á los fulgores del rayo; que las cascadas de Piedra no son ciertamente como las de La Granja, ya que en ésta corren sólo para que las vean, mientras que en Piedra no se cuidan de ser vistas. Y es que en La Granja el hombre lo es todo. En Piedra no es nada. Ahí está la diferencia entre ambos sitios; que si el uno es real por el monarca, real es también el otro por otro monarca superior á las testas coronadas.

Y dicho esto, vamos á situarnos, si el lector quiere seguirnos, frente á la cascada que lleva el nombre de la *Cola de Caballo*, verdadero kilómetro de agua que se despeña, pero no para contemplarla desde arriba. Hay que buscar otro punto de vista; hay que descender á la margen del río, pues desde abajo es como se puede apreciar mejor todo lo sublime de su tremendo salto.

A poco más de la mitad de su descenso, el agua, que cae en compacto chorro y en graciosa curva, se estrella contra una roca y parece deshacerse en copos, en vapor y en polvo, formando un maravilloso espectáculo.

Detrás del chorro se ve una gruta oscura suspendida sobre el abismo, cuya boca cierra la cascada con cortinaje de transparente cristal. En ella anidan millares de palomas torcaces, de lo cual se deriva su nombre de *Chorro palomero*.

Alguna que otra vez, en aquellos días tibios del benigno otoño en que el cielo es azul, el sol brillante y dulce la brisa, suele suceder que el vapor, levantado por la furiosa caída del agua, se esparce como rasgados pedazos de un blanquizco velo sobre las puntas de las rocas, formado un fenómeno maravilloso. El sol hiere las quebradas de

las peñas, las gotas de agua desprendidas de la cascada voltean por el aire en lluvia de oro, y el vapor, condensándose y extendiéndose como un manto, como una faja ó como un turbante que se desarrolla, cobra todos los mágicos y resplandecientes colores del iris.

El espectáculo se completa entonces si algún grupo de nevadas palomas atraviesa por entre la niebla. Aquellas amantes aves parecen bañarse entre todos los colores del prisma, nadar en un mar revuelto por oleadas de ópalo, de azul y de púrpura, y mecerse muellemente en brazos de nubes diáfanas matizadas de hermosos y radiantes resplandores.

Desde tiempo inmemorial venía llamando la atención la boca de aquella gruta, que, como una mancha negra, aparecía tras de la catarata, en donde moraban á millares antes, aunque en menor número ahora, las salvajes palomas, á las cuales parece dar vida el húmedo ambiente que se escapa como una respiración fatigosa del fondo de las aguas. Cuéntase que, allá en tiempos, algunos habían tenido la audacia, que tal se necesitaba por cierto, de descolgarse hasta la boca de la al parecer oscura y profunda caverna; pero nadie lo había conseguido: unos por arredrarse á mitad de su descenso, otros por no poder resistir el golpe de agua que se les venía en cima. Una vez que bajaba un vecino de Calatayud se rompió la cuerda á que estaba atado su cuerpo, y el infeliz rodó al abismo para no volverse jamás á saber de él.

El intento quedó, pues, abandonado por el pronto; pero más tarde quisieron hacerse nuevas exploraciones: sólo que ya los proyectos no partían de arriba abajo, sino al contrario. Aprovechándose una época del año en que los labradores de la comarca desvían el curso del río para fecundar sus campos, resultando entonces que apenas corre la *Cola de Caballo*, algunos atrevidos nadadores intentaron penetrar en la gruta, y á fuerza de brazos llegaron nadando hasta el fondo del pozo; pero les fué imposible salvar los doce metros de roca bruñida y vertical que se levantan desde el remanso hasta la boca de la cueva.

Fracasadas estas tentativas, se consideró ya imposible toda nueva idea de ascensión ó descenso, y se abandonó por completo el proyecto de exploración, transcurriendo meses y años sin que nadie volviera á pensar jamás en acometer la temeraria empresa.

He dicho que nadie, y no es así. Federico Muntadas, el hijo del dueño de la finca, no abandonaba la idea. Continuamente pensaba en ella, madurándola con firme voluntad y decidido propósito. Pensó y abandonó varios proyectos, formó varios planes y los fué desechando todos, pero

nunca el de llegar de una manera ú otra á la exploración y descubrimiento de aquella gruta que, siglos hacía, con su boca abierta sobre el abismo, y detrás de la cascada, estaba constantemente provocando la curiosidad siempre viva de los unos y el deseo siempre ardiente de los otros.

Seguro ya por fin Federico Muntadas de su plan, llamó á fines del año 1859 á su mayordomo y le dijo:

—Hay que llegar á la gruta.

—Imposible,—contestó el mayordomo.

—Hay que llegar.

—Imposible, repito. No se puede subir á ella. Doce metros de peña vertical sobre un precipicio horrendo, se oponen á todas las tentativas hechas hasta ahora.

—Si no se puede subir, se puede bajar.

—Imposible también. Las cuerdas se rompen y los hombres caen al abismo.

—Taladraremos la montaña.

Y en efecto, al día siguiente los peones de campo comenzaban á abrir un pozo á un metro de la cortadura, y el 20 de Abril de 1860, después de cinco ó seis meses de fatigosos trabajos, aparecía la gruta, con todas sus bellezas vírgenes y todos sus tesoros ocultos durante siglos, á los ojos de Federico Muntadas, verdadero Cristóbal Colón de aquellos abismos.

¿Qué hubo de experimentar, qué hubo de sentir el descubridor de aquella gruta al encontrarse por vez primera en aquel recinto virgen aún de humana planta, al pasear sus ojos por aquellas primorosas labores jamás holladas por la vista del hombre? Su corazón y su mente lo saben sólo. Ni él habrá acertado á exponer á nadie sus impresiones de aquel momento, ni acertará nadie á explicarlas aunque él lo hiciera. Cosas hay que se sienten, pero que á la palabra humana no es dado trasladar.

Como recuerdo de todos los afanes, de todos los trabajos y de todos los peligros porque hubo de pasarse para llegar á la gruta; como memoria de todo aquel mundo de impresiones que hubo de sentirse al descubrirla, hoy á su puerta sólo existe una sencilla lápida de mármol con esta lacónica y ciertamente modestísima inscripción:

DESCUBIERTA EN ABRIL DE MDCCCLX

A medida que se va descendiendo por aquella escalera, abierta parte en la tosca, parte en roca caliza y cerrada y dura como el pedernal, parécele á uno que se despidе del mundo de los vivos para bajar, como se baja efectivamente, á las entrañas de la tierra. El descenso tiene sus emociones. Se pasa unas veces por galerías que se abren sobre el abismo; se atraviesa otras por corredores que tienen á manera de aspilleras, á las cuales pueden aplicarse los ojos para ver la imponente y solemne caída de la cas-

cada; se cruzan puentes que tiemblan bajo las plantas al estrépito cada vez más pavoroso del agua que se despeña; se baja por túneles oscuros y profundos, donde parece enrarecerse el aire y donde el corazón más fuerte ha de sentir por lo menos alguna emoción de terror, siquier sea pasajera. Así se llega á la gruta y á un punto, especie de tribuna, desde donde, antes de bajar definitivamente, se presenta aquélla en toda su imponente y soberbia majestad.

Al principio no se ve nada, y, sin embargo, la gruta es clara, reinando constantemente en ella durante el día una especie de misteriosa luz crepuscular. Atronado el viajero por el ruido constante de la cascada, sujeto á las emociones del momento, no ignorando que el río pasa por encima de la bóveda, asombrado por aquella monstruosa masa de agua que cierra casi la boca de la gruta como celosa de que allí penetre la luz, pareciéndole que todo aquel inmenso monte de peña en que ha penetrado tiembla como si fuese de tablas al paso del río y al rumor de la catarata, creyendo que el techo se desploma, viendo y sintiendo desprenderse el agua del techo y de las paredes en gotas, en hilos y hasta en pequeños arroyos, el viajero no ve nada al pronto más que una inmensa nave superior á la del más atrevido templo de la tierra, ni oye nada tampoco por el momento en medio de todo aquel estruendo que le aturde. Si algo pudiera oír en aquella su primera impresión, sería sólo una voz misteriosa que le dijera, como Virgilio á Dante:

Ecco il loco

Ove convien che di fortezza t'armi.

Vuelto en sí de sus primeras impresiones, el viajero pasea en torno sus miradas.

Es sorprendente lo que se ofrece á su vista, pero es indescripible.

Allí están todos los portentos, posibles é imposibles, realizados por la gota de agua en su labor de siglos. Nadie acertará jamás á explicar lo que allí se ve. Es necesario verlo, es necesario sentirlo.

Aquella vertiginosa cascada que en lluvia de perlas cierra la boca de la cueva, único paso que para no ser franqueado nunca abrió la naturaleza como en burla del hombre, sin pensar que éste la burlaría á su vez taladrando la montaña;

Aquella luz dudosa que penetra tímidamente, como arrepentida de descubrir bellezas que no se hicieron para ser vistas;

Aquellos contrastes de colores de todas clases, de hierbas y musgos de todo color y de rocas de toda forma;

Aquel arroyo transparente y cristalino que brota en un ángulo de la gruta, y al cual hasta ahora no se había acercado el labio impúdico del hombre, sólo el casto pico

de la paloma que en aquellas profundidades hallaba seguro asilo y eterno reposo ;

Aquellas hiedras en los muros petrificadas, que forman cenefas, y guirnalda, y encajes, y bordados arabescos ;

Aquellas grandes colosales masas de todos tamaños y de todas formas que cuelgan del techo, sostenidas en los aires por claves invisibles para desesperación del más sabio arquitecto ;

Aquellas labores delicadísimas que se extienden por las paredes en artística confusión y en caprichoso pero armónico contraste para desesperación del más inspirado artista ;

Aquel hacinamiento de columnas, de capiteles, de pirámides, de zócalos y repisas de ojivales líneas, de bizantinos modelos ó de barrocas formas, todo revuelto con el más espantoso desorden del orden más perfecto ;

Aquellas estalactitas que con amorosa y secular constancia descienden á buscar la estalagmita con que han de ceñirse y enlazarse en cópula nupcial á la eterna sombra de la noche que reina en las entrañas de la tierra ;

Aquellos trazos, y dibujos, y perfiles, y contornos, y diseños, y bocetos, remedando todo lo que en la tierra tiene un nombre, todo lo que sueña el visionario, todo lo que ve el poeta ó imagina el artista, gigantes que escalan el cielo, aves de monstruosas alas que cruzan los espacios, Tántalos sedientos que se arrojan á beber en el lago, legiones de brujas que se congregan para el sábado, vírgenes que de pie en un pilar se ofrecen á la adoración de los fieles, cohortes de fantasmas en luengos sudarios envueltos que rasgan el aire, flores y frutos ideales, peces volanderos con alas de serafines, árboles intertropicales con cabezas humanas por frutos y escamosas serpientes por ramas, pesados mastodontes de pasmosas dimensiones, perfiles desconocidos en el arte y objetos ignorados en la plástica, ídolos de formas colosales y dioses de tábidos contornos, plantas criptógamas, helechos arborescentes y faunas antediluvianas, monstruos, vestiglos, visiones, horrores, templos, estatuas, ideales, fantasías, imágenes del cielo, del infierno y de la tierra ;

Todo esto es lo que se ve y no puede describirse ; que allí está todo, todo lo que esculpió Miguel Angel, todo lo que soñó Goya, todo lo que vió Dante, y todo realizado por ese artista desconocido, superior á Dante, á Goya y á Miguel Angel, que se llama sencillamente la gota de agua, y que cuenta con Dios y con el tiempo para trabajar y pulir sus obras inmortales.

Son maravillosos, repito, los portentos realizados por la gota de agua en aquella gruta indiscretamente arrancada al misterio de sus hasta hoy eternas soledades. Son ma-

ravillosos, y vuelvo á decirlo también, indescriptibles.

*Vejan agora os sabios na escritura
Que segredos sao estos da natura*¹.

Así exclama en su obra inmortal el cantor de Vasco de Gama, al terminar con su maestría soberana la descripción de un fenómeno con asombro observado durante sus navegaciones por el glorioso poeta, y debido asimismo á esa extraña propiedad que tiene el agua de realizar, merced á sus modificaciones y aun transformaciones verdaderas, infinitas variantes de sorprendentes espectáculos.

¿Qué ha conseguido la triunfante investigación moderna con sujetar el agua á un indiscreto análisis? La ciencia podrá decirnos todo lo que quiera y explicarlo todo como le parezca ; pero bien puede decirse, en cierto sentido al menos, que el agua sigue siendo realmente el elemento primitivo, ya existente antes que la luz, el elemento de la vasta mole sobre la cual, según nuestra Biblia, se movía el espíritu de Dios durante la lóbreguez del caos. *Spiritus Domini ferebatur super aquas*.

Cuerpo simple ó compuesto, el agua es siempre la primera materia que emplea en la producción de sus obras más admirables el Hacedor supremo. ¿Por qué misteriosos procedimientos llega á verificar el agua tantos y tan diversos prodigios? En la gruta de Piedra, centenares, más aún, millares de gotas aparecen como otros tantos artistas, animados de un mismo pensamiento, siguiendo un mismo plan, realizando un mismo proyecto, y en plena, en armónica colaboración, para crear portentos muy superiores ciertamente á cuanto es capaz de producir el arte humano.

Esas grandes maravillas del ingenio y del trabajo humanos, esas portentosas, monumentales creaciones, nacidas para vivir á través de largas series de siglos como asombro perpetuo de sucesivas generaciones, son rapsodias miserables y raquíticos esbozos ante lo que realiza la gota de agua en las entrañas de la tierra, obedeciendo á inspiraciones desconocidas para los mortales, y siempre en constante y jamás interrumpida actividad.

Bajad á la gruta de Piedra y lo veréis.

Pero bajad también á esa gruta á cierta hora de la tarde, en el instante, pasajero por cierto, en que el sol la hiere, ó por mejor decir, trata de herirla con sus rayos.

Los que á esta hora se hallen en el interior de la cueva están llamados á presenciar un maravilloso espectáculo.

La luz crepuscular que allí reina se aviva de repente, en vez de amortiguarse como

¹ *Os Lusíadas*, canto V, octava XXII.

parece que debiera ser á la caída de la tarde, y ciertos ángulos oscuros de la gruta, hasta entonces sumidos en la sombra, comienzan á mostrar sus ocultas bellezas. Todo resplandece, todo se anima, todo arde al contacto de aquel aumento de luz, precursor de la del sol, que se adelanta á visitar aquellos lugares.

Pero el espectáculo verdaderamente extraordinario hay que buscarle en la boca de la gruta, convertida en teatro de una lucha singular y no soñada. Al ver que el sol se acerca dispuesto á explorar la cueva, el agua que cae por delante de su boca en buliente catarata como para cerrar su entrada, parece disponerse á ofrecer seria resistencia á los deseos del astro diurno. Hasta se cree ver, con la mayor fuerza de luz producida por la proximidad del sol, que el agua cae más profusamente y en masa más compacta y más tupida.

Asoma, finalmente, el sol por encima de la quebrada del monte, y hunde en el abismo sus primeros exploradores rayos. Comienza entonces la lucha. Pugnan por penetrar el rayo y por negarle paso el agua, más tenaz ésta en su empeño cuanto en el suyo más obstinado el otro. El rayo hiere, taladra, cruza, se doblega, se evade, se desliza; pero la cascada, incólume en su impetuosa corriente, resiste y opone su apiñada haz de agua, impenetrable como una cota de mallá. Ya el sol, en esto, se presenta desplegando toda su imponente grandeza frente á frente de la arisca cascada. No importa que entonces, como para mejor seducirla y lograrla, el sol se arroje sobre ella estrechándola con ardiente abrazo, convirtiendo cada uno de sus hilos en hebra de plata, cada una de sus gotas en perla, su corriente en lámina de brillantes y su vapor en polvo de oro. No importa, repito: la cascada escapa al beso como escapó al rayo, y continúa su soberbio curso, si no tan casta ya, por lo menos tan virgen y tan fiera. Fatigado, finalmente, el astro del día, acaba por declararse vencido; pero antes de abandonar el campo, como el último tiro del partho, arroja de un puñado todo su haz de rayos, que vienen á herir de lleno la cascada, apareciendo entonces en el interior todos los colores del iris en magnífico, en soberbio y en asombroso panorama.

No hay que ver solamente la gruta durante el día. Hay que verla también de noche, á la luz de las antorchas y bengalas.

Así la vimos nosotros, á la hora, por cierto, de los fantasmas, con todo el terror de la noche, con todo el misterio de la luz, con todo el espanto del alma.

Hay que gozar de esa sensación para que así pueda explicársela quien la disfrute, que de otra manera no pudiera acertar jamás á comprenderla.

Hay que bajar á saber lo que es la sensación que se experimenta al turbar el sueño de la gruta, al sorprender á la gota de agua en su misterioso trabajo nocturno, al oír la espantable voz que de noche tiene la cascada, al sumergirse en las entrañas de la tierra para ver aquellas cleadas de tinieblas, que parecen prolongarse por insondables profundidades de mares sin orillas,

é quindi, uscir á riveder le stelle.

VÍCTOR BALAGUER.

LA SOCIEDAD DE EXCURSIONES

EN ACCIÓN

SEGÚN convenio celebrado por la Comisión ejecutiva de nuestra Sociedad con la casa Hauser y Menet, para publicar en el BOLETÍN fototipias de los objetos que figuran en la Exposición histórica, ha empezado á reproducirse, por medio de los procedimientos más perfectos, cuanto de notable encierra esta grandiosa manifestación del trabajo durante las edades pasadas.

La mayoría de los objetos reunidos en la Exposición se devolverá á sus procedencias á fines del mes actual; algunos de ellos será difícil volverlos á ver; y ya que no sea posible reproducirlos todos por su excesivo número, al menos nuestros asociados conservarán en el BOLETÍN los dibujos más perfectos que puedan hacerse en nuestra época, acompañados de sus correspondientes estudios, de cuanto hemos juzgado más notable para el conocimiento de las ciencias históricas y para el progreso de las artes.

Los materiales acumulados verán la luz pública desde el mes próximo, en la medida que los fondos de la Sociedad lo permitan.

x x

La fotografía de la estatua orante de San Segundo, cuya fototipia se acompaña en este número, ha sido hecha y cedida generosamente para su publicación por nuestro consocio don Isidro de Benito y Domínguez.

x x

Por falta de espacio no insertamos el artículo de la excursión á Toledo, escrito por un distinguido consocio nuestro, que verá la luz pública en el BOLETÍN del mes próximo.

x x

De la excursión á Guadalajara se publicará la reseña, hecha por D. Juan Catalina García, también en el referido número.

x x

En Palencia se ha constituido un centro de excursiones, correspondiente del nuestro, cuyos anuncios publicaremos en el BOLETÍN con

objeto de que los socios que quieran adherirse á las expediciones puedan hacerlo.

También daremos publicidad á los estudios que produzcan estas excursiones, debidamente ilustrados.

El centro de Palencia se compone de nuestro delegado D. Isidoro Fuentes, como presidente, y de los consocios D. Francisco Simón y D. Ezequiel Rodríguez, como vocal y secretario, respectivamente.

x
x x

Nuestro amigo y consocio el Sr. Muñoz y García Luz, diputado por Tarancón, haciéndose eco de los deseos de los excursionistas, en la sesión celebrada por el Congreso en 18 de Mayo último dirigió una excitación al señor ministro de Fomento con el objeto de que influyese cerca de las Compañías ferroviarias para el establecimiento de viajes circulares con itinerario facultativo á precios reducidos, cuya falta se siente en España.

El Sr. Muñoz hizo mención de nuestra Sociedad y de los trabajos de su presidente, señor Serrano Fatigati, para recabar los ventajosos viajes circulares, y tuvo el gusto de escuchar de labios del Sr. Moret frases muy lisonjeras para su proposición y para los fines que perseguimos.

SECCIÓN OFICIAL

La Sociedad de Excursiones en Junio.

EXCURSIÓN NÚM. 11

La Sociedad Española de Excursiones hará una muy interesante á BRIHUEGA (Guadalajara) en los días domingo y lunes, 4 y 5 de Junio, con arreglo á las bases siguientes: salida de Madrid á las siete de la mañana del 4 por el tren mixto de Zaragoza (estación del Mediodía); vuelta á Madrid á las diez de la noche del 5.

Cuota de la expedición, comprendidos gastos de viaje (billete de segunda clase en el ferrocarril y asiento de coche hasta Brihuega) y manutención, 25 pesetas.

En el camino de Guadalajara á Brihuega los expedicionarios visitarán el precioso castillo del siglo XV que aún se mantiene en pie en Torija: á la derecha verán las ruinas de la fortaleza de Fuentes, y á la izquierda los extensos campos de Villaviciosa, donde ganó su corona Felipe V.

Brihuega, aparte sus recuerdos históricos, contiene monumentos muy notables de la Edad Media. Aun existen sin caer en tierra casi todos los lienzos y torreones de la muralla y dos de sus puertas, una casi tan interesante como las famosas de Avila. El castillo, cuya arquitectura pertenece á la transición del románico al ojival, está bastante completo, sobre todo en su magnífico torreón del homenaje.

La iglesia de Santa María, de transición del románico al ojival; la de San Miguel, casi de la misma época; la de San Felipe, que es una joya completa del arte ojival del siglo XIV, pura y elegante, con numerosos elementos arquitectónicos, y la de San Juan, más desfigurada, pero con su alta y antigua torre de la Edad Media.

La iglesia mudéjar de San Simón, cerrada al culto desde tiempo inmemorial y enclavada en construcciones modernas.

El original del Fuero de Brihuega, hace pocos años publicado, y que lleva la firma auténtica de quien lo dió, el célebre arzobispo don Rodrigo, del que no se conocen más que otras dos ó tres firmas.

En la noche del 4 dará una conferencia pública en Brihuega el Sr. D. Juan Catalina García, vocal de la Sección de Ciencias históricas de la Sociedad Española de Excursiones.

Para las adhesiones á esta excursión dirigirse de palabra ó por escrito, hasta el día 3 de Junio inclusive, acompañando la cuota, al señor Catalina García, calle de Mendizábal, 10. Los señores socios adheridos deberán estar en la estación quince minutos antes de la salida del tren.

x
x x

EXCURSIÓN NÚM. 12

La Sociedad Española de Excursiones hará una al REAL SITIO DE EL ESCORIAL, que se llevará á efecto á mediados de Junio, no fijándose por ahora día por impedirlo circunstancias especiales.

La excursión será en día no festivo, para que los expedicionarios puedan ver y visitar todas las dependencias del monasterio.

Los señores socios que deseen adherirse á esta expedición deberán dirigirse al presidente de la Comisión ejecutiva de la Sociedad, señor D. Enrique Serrano Fatigati (calle de las Pozas, 17), quien marcará las bases de la excursión y avisará oportunamente á los adheridos el día en que deba aquélla verificarse.

Madrid, 31 de Mayo de 1893. — El secretario general, *Vizconde de Palaqueles*. — V.º B.º — El presidente, *Serrano Fatigati*.

MISCELÁNEA

La Junta organizadora de la Exposición morisca de Granada nombrada por el Congreso español de africanistas, ha concedido á nuestro estimado amigo y compañero D. Emilio Rondo Nicolau medalla de plata por la colección de objetos de su propiedad que han figurado en la sección arábigo-hispana de la Exposición referida. La mencionada colección tiene objetos curiosísimos y únicos de la dominación árabe en Madrid.